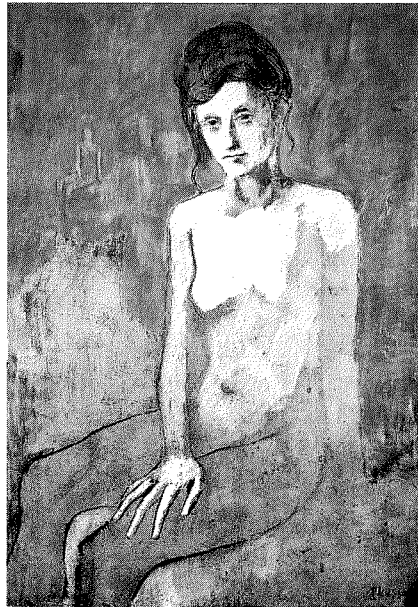


HACIA UN MILENIO QUE AMENAZA

Carlos Fajardo Fajardo



Desnudo sentado.

*Para el poeta Gustavo Quesada,
en respuesta a nuestras preocupaciones.*

El siguiente texto trata sobre algunas de las preocupaciones que en distintos campos del conocimiento se han agudizado con la entrada al nuevo milenio. No cabe duda que las tesis más poderosas de la modernidad se han fragmentado, y muy poco está exento de ser tocado por las tendencias que han prosperado en los últimos años.

Igual que en los momentos de las más álgidas y feroces rupturas llevadas a cabo por la modernidad, las cuales a muchos también preocuparon, actualmente algo se está resquebrajando en lo epistemológico, lo estético-poético y en lo cotidiano. Sin embargo, nuestra época no registra un simple cambio de paradigma. Aquí se está transformando es el sistema de sostén mismo, la propia racionalidad, es decir, el Fundamento. Ello representa una amenaza a las actuales sensibilidades. Pero ésta la entendemos como un proceso de mutaciones, con ventajas y desventajas, al que asistimos sin trauma ni nostalgia, lo cual nos obliga a estar expectantes y asumir la exploración de las nuevas tendencias que se manifiestan y manifestarán en nuestras cartografías culturales.

¿Qué no está amenazado por el próximo milenio?

El tránsito de este siglo al otro gravita en preocupaciones. Para muchos no es nada fácil concebir que el tiempo donde nacieron, crecieron, amaron, gozaron y sufrieron desaparece. La nostalgia es una de las cuotas que se pagan a las deudas del siglo. Otros, sin embargo, fusionan racionalidad y nihilismo, y esperan con indiferencia el traspaso del umbral. Los hay quienes han ironizado este proceso y lanzan puntapiés a los nostálgicos, rayando muchas veces en el cinismo. Pero, deseado o no, ridiculizado o tomado en serio, lo cierto es que este asunto del fin de milenio va dejando algunos interrogantes, no obstante su puesta de moda y espectacularidad.

¿A qué o a quiénes amenazan las nuevas tendencias tecno-científicas, culturales, estéticas, políticas y económicas de los últimos años?. ¿Por qué este temor a los cambios ya sentidos (y probablemente irreversibles) que se experimentarán en el milenio que nos espera?. Cambio de paradigmas y terror al cambio. ¿Qué espacios se pierden o cuáles se ganan en esta tramoya del siglo agonizante?

Por circunstancias adversas a la serenidad, parece que tropezamos con la angustia que produce el

desencantamiento de lo desencantado o la época del nihilismo realizado. Tal es la actual situación. Sin lógicas futuras que destierren la desesperanza; sin espacios para edificar la ilusión, nos debatimos entre la aceptación y el rechazo.

Aceptación con o sin sentido crítico; rechazo por nostalgia y puro corazón. Tanto el miedo a las transformaciones paradigmáticas, como su feliz acatamiento, sufren de colapso de milenio, síndrome de fin de siglo.

Todo está amenazado. El gran problema es saber hasta dónde, cómo y de qué forma se transformarán nuestras sensibilidades, gustos y costumbres.

¿Qué está amenazado por el próximo milenio?. Todo está amenazado. El gran problema es saber hasta dónde, cómo y de qué forma se transformarán nuestras sensibilidades, gustos y costumbres. Se escuchan llantos por ello, o carcajadas en algunas estancias. Podemos gritar, orar; sin embargo, todo sigue amenazado. La amenaza aquí es un *proceso* de ventajas o desventajas que toca muy hondo las estructuras de nuestra época, o al menos de lo que hasta ahora han sido considerados los paradigmas de la aventura moderna. No es un sentimiento moral ni religioso. Es ante todo un *proceso cultural*, un asunto al cual debemos asistir sin trauma ni horror de vacío. La amenaza se acrecienta como algo normal; como un caos que

fragmenta lo que se suponía incorruptible. Las cualidades de lo que llamamos humano hoy avanzan hacia otros horizontes, a otras formas de sentir, percibir, amar y expresar los deseos del Ser. Es indudable: hemos llegado al umbral de una época, otra nos espera, no con brazos abiertos, pero nos espera.

La amenaza es un paradigma de transformación. Toca las cerradas puertas, abre las que no dejan entrar su viento. Se filtra, aun cuando no lo queramos, en todas las grietas y estancias de este siglo. Es en sí nuestra condición.

Nada está exento de ser tocado y transformado por las tendencias que han ido apareciendo en estos últimos veinte años. La economía global y transnacional; la caída del muro; la postindustrialización consumista; las nuevas tecno-virtualidades; el agotamiento de los "mitos" modernos y la puesta en su lugar de una cierta miniaturización de la existencia; la fragmentación de los discursos duros y la irrupción de lo plural, de lo heterogéneo, de la hibridación socio-cultural con sus múltiples voces; lo arbitrario, la paradoja, la individualización banal con sus fuertes consecuencias en las mentalidades de relax e indiferencia política; la crisis de los conceptos de realidad y verdad, las nuevas epistemes; la conciencia de lo local y lo regional en tanto totalidad... son algunos de los

imaginarios que penetran en las formaciones sociales actuales, lo que sitúa la amenaza como un síntoma que está haciendo metástasis a gran escala.

¿Qué no está amenazado?. Tal vez muy pocas cosas. Las resistencias son arduas pero marginales: grupos e individuos que se abstienen de participar en esta globalización de un sistema excluyente y devastador con su economía de mercado. Neo-conservadurismos religiosos con la petición de una estrategia anti-tecnológica y una vuelta a las tradiciones milenarias. No sabemos aún cuáles serán las consecuencias de estas posiciones, pero las divergencias provincianas y de pura nostalgia llevan el sello de desaparición.

Nuestra época no registra un simple cambio de paradigma.. Aquí se está transformando es el sistema de sostén mismo, la propia racionalidad, el Logos, es decir, el fundamento en sí, la idea de unidad, verdad, saber y creencia en la racionalidad.

El siglo XXI en su virtualidad ya está aquí. No es un fenómeno cronológico, sino una actitud. En los procesos de transnacionalización cultural el siglo XXI es un hecho dado, viviente, que amenaza las viejas mentalidades. Aquellos que estén despistados serán arrastrados por las ondas de las explosiones. Rezagados, no podremos aportar ni confrontar con suficiente poder las inevitables

desgarraduras. Consumidores netos, ¿sólo nos agacharemos a recoger los desechos que dejarán en sus trayectos estas macroempresas?. Cómo no concientizarnos de las amenazas, de los procesos de cambio, para no aproximarnos con sentimentalismos de culpabilidad e inferioridad hacia lo que se pierde o se gana. ¿Qué actitudes debemos poseer frente a estas coordenadas de tiempos de fin?. Quizás el estar expectantes; asumir la vigilancia de los abismos y las cimas; lanzar miradas con preocupaciones. Claro que hay otras, pero, para no llevar el miedo a los extremos, ni agachar, afirmando, la cabeza, la forma de proceder está en introducir un sin sentido al sentido común; dar rienda a la des-creencia en los fundamentalismos cotidianos; generar nuestra desconfianza allí donde otros proponen una sospechosa esperanza. Es decir, ser vigías y resistentes ante los redentores del vacío y los enterradores de lo por venir.

Tensión mayor la de pensar al filo del abismo. Como tal, nuestra posición en estas cartografías ya está dada y no podemos salirnos de sus coordenadas. Sólo queda reflexionar como un buen jugador de ajedrez: con dos o tres movimientos por delante. Los cambios sobre lo que hasta ahora hemos experimentado no debemos tomarlos con demasiada añoranza. No. Aquí hay algo que se ha roto. Igual que en los

momentos de las más álgidas y feroces rupturas de la modernidad, las cuales también a muchos preocuparon, algo se está resquebrajando, y esto no es nuevo para el hombre. Sin embargo, nuestra época no registra un simple cambio de paradigma como en los siglos anteriores. Aquí se está transformando es el sistema de sostén mismo, la propia racionalidad, el Logos, es decir, el fundamento en sí, la idea de unidad, verdad, saber y creencia en la racionalidad. Algo se acaba y es el fundamento. Parece ser que sobre estos territorios minados y cuarteados nos tocará vivir las próximas décadas. Desencanto de desencantos. Nos habían prometido alguna luz al final del túnel; hoy nos dejan en el laberinto. Las siguientes reflexiones son una invitación para recorrer sus pasadizos; antorchas para observarlos mejor y no para salir de sus interesantes cubículos.

Lo que está amenazado en lo epistemológico.

La contingencia se ha convertido en un elemento esencial de nuestra actualidad. A través de ella podemos sentir las crisis de los ordenes, y convivir, con o sin resistencia, en el desorden. Lo caótico toma revancha por los siglos que una modernidad racionalista lo había marginado. Por lo tanto, la realidad se ha explayado hacia lo plural, lo



El diván

heterogéneo y la imprecisión. Al contrario de los regímenes unitarios y universales modernos, presentimos una gran aventura de fragmentación en los totalitarismos. La pluralidad adquiere desde este siglo, dirigiéndose al próximo, puesto de categoría epistemológica.

La gran mayoría de las creencias en un cosmos unificado y coherente se desmoronan, surgiendo múltiples voces ocultas.

¿Qué está amenazado?. Los conceptos de saber, verdad y realidad, el sueño de hallar unidad en la multiplicidad, el paradigma de una razón totalizante, como también los conceptos de identidad y exclusión; la noción de

trascendentalidad racional y conceptualización del Ser.

¿Qué es impuesto por la amenaza?.

Algunas de las más olvidadas categorías por la Diosa Razón Moderna: la lógica de lo paradójico, la hibridación de las realidades, la multiplicidad descentrada, la pluralidad de los discursos, la alteridad, la simultaneidad de lo no simultáneo, el disentimiento, la fragmentación de la identidad... Es decir, que la gran mayoría de las creencias en un cosmos unificado y coherente se desmoronan, surgiendo múltiples voces ocultas.

Para bien o para mal - más para bien — las fragmentaciones del sistema

agudizan la crisis de estructuras legitimadoras e ideales universales que fueron impuestos como absolutos.

Sin nostalgias ni melancolías, debemos asumir estos retos y la caída irreversible del Todo. Nuevos proyectos desacralizan a la universalidad racional. Si la modernidad nos había lanzado a secularizar la naturaleza y la sociedad, transformando a una en simple materia prima y a la otra en realidad, la fragmentación posmoderna nos invita a su desrealización ontológica. Al concepto de Sujeto se le abren nuevos abismos y cuerdas flojas, pues se le han desdibujado sus tipologías. Como un sonámbulo recorre espacios cuyos sentidos y fundamentos últimos y primeros

desaparecen, quedándose sólo con la pérdida de sus creencias. Tanto la dispersión y la imprecisión; el disentimiento ante los discursos llamados duros y la paradoja, son hibridaciones dotadas para hacer naufragar a los creyentes y esperanzados en los humanismos racionales. Tal vez la esperanza adquiera en estos tiempos un nuevo sentido: la felicidad epistemológica ya no se sustenta en la utopía de lograr unidad entre el objeto y el saber, sino en la diferencia plural, en la individualización consumidora de sentidos. ¿Democracia y simulacro?

Democratización de un espejismo: asumir la vida en plural. Así el *sujeto* – *multiplicidad* nietzscheano se convierte, por la sociedad actual, en un programa no con un futuro lejano sino inmediato.

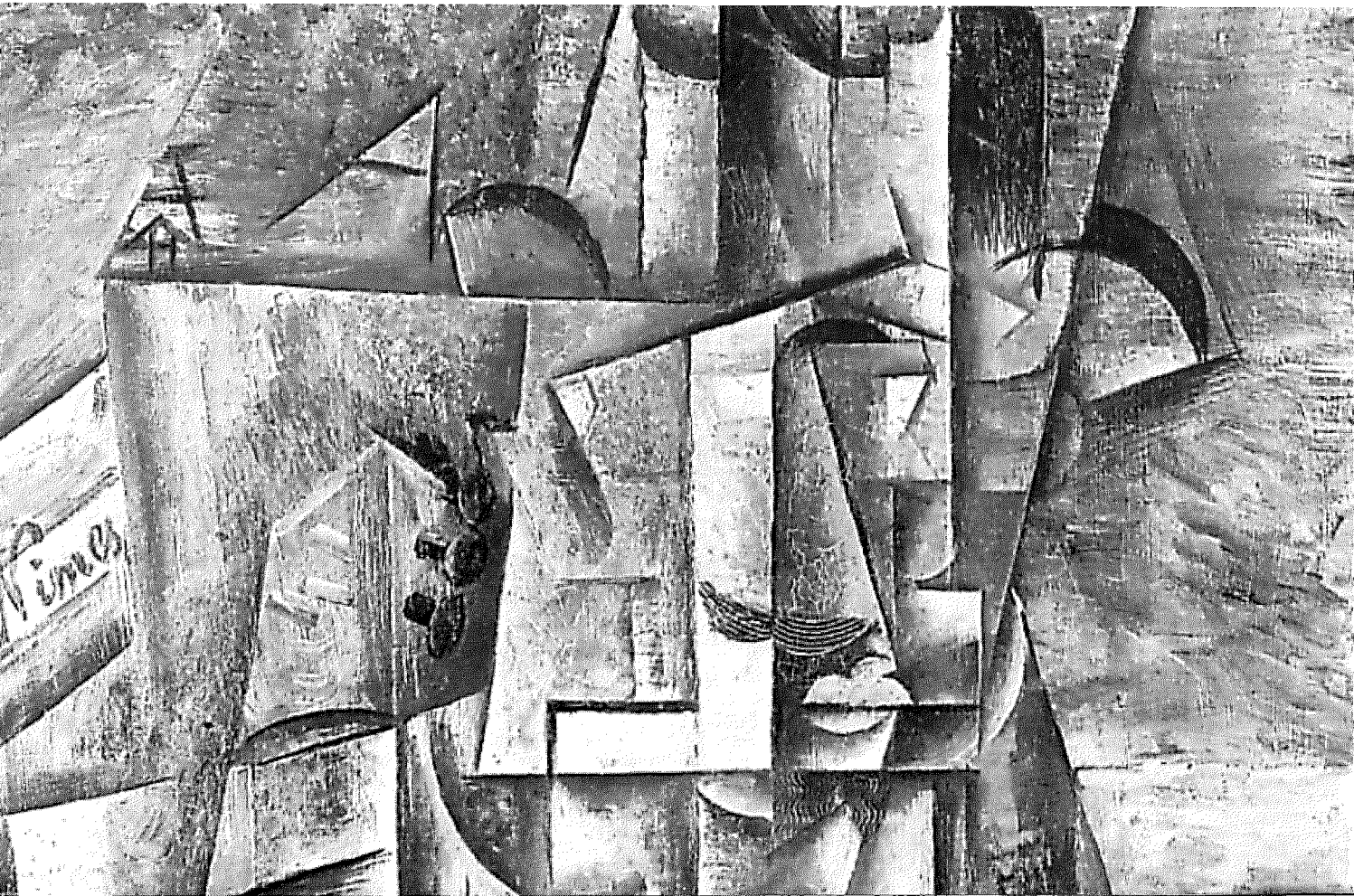
Sin miedo a las diferencias el Yo Fragmentado pasa de una realidad a otra, de un sistema a otro, aceptando su contingencia caótica. No juzga con la arrogancia de lo definitivo ni con el concepto de lo absoluto. Se relaja. No se tensiona dogmáticamente frente al objeto dado, se dispersa entregándose a las multiplicidades de los gustos de forma instantánea. Su juicio carece desde ahora de unicidad dominadora y se dirige a lo diverso, a la alteridad laberíntica. Este es el hombre contemporáneo, el joven consumidor dentro de estos escenarios del *hic et nunc*.

A las frases “todo se acepta”, “todo vale”, “todo sirve” se les reconoce como una ganancia. De allí que el cinismo sea su consecuencia extrema. Sin unidad ni

lógica centralizadora del conocimiento, la carrera, tanto a lo que edifica como a lo que destroza, está abierta; tiene licencia de matar y de amar. Todo sirve aquí. Coexistencia del asesino con la víctima, de la falsedad con la transparencia, de la justicia con lo corrupto, hasta el punto que cualquier acción en contra de la vida del Otro se puede aceptar por estar amparada en la libre autodeterminación caótica de la individualidad múltiple, pues ¿a quién le importa sus consecuencias?

¿Qué otras virtualidades esconden estas utopías plurales inmediatistas? Una tendencia a la desrealización ontológica, es decir, a la fabricación de un nuevo *sensorium* para el hombre, de nuevas formas de percepción que cambiarán

El aficionado. Detalle



nuestra manera de residir y de habitar. Para nosotros, transeúntes de un tiempo todavía no virtualizado del todo, será difícil aceptar la nueva sensibilidad. Las tecnologías están modificando el aspecto de la realidad a través de su disolución. Lo virtual generará otra epistemología y, probablemente, habrá que hablar de una fenomenología del conocimiento de lo tecno- virtual. Los espacios geográficos y el concepto de grandiosidad de la naturaleza- tan caro para los antiguos como para los románticos- se han ido disolviendo por la puesta en red de la velocidad que hiperconcentra la distancia- tiempo. La extensión del mundo se nos comprime en la red de redes global.

De este modo, ¿qué está amenazado por las tele-tecnologías desde lo epistemológico? La noción de grandiosidad de la naturaleza; la concepción de distancia y territorio; la idea de realidad-real; la fenomenología de lo físico; el concepto de tiempo lineal (pasado, presente, futuro) y de trayecto (salida, viaje y llegada); la noción de objetividad del sujeto; los paradigmas de conocer, saber, verdad...

¿Qué está imponiendo la microelectrónica? La noción de hiperconcentración del tiempo y del espacio por la velocidad; la ubicuidad, lo instantáneo y la inmediatez gracias a las redes; la virtualización de lo físico, la reducción del tiempo lineal a un presente permanente por medio de la velocidad de

la luz; un tiempo inmediato que elimina los conceptos de futuro y de trayecto; la visión no objetiva sino teleobjetiva del sujeto; un teleconocimiento, una ciber-verdad, un telesaber...

Algo entonces se disuelve: la episteme clásica moderna, la visión sobre el objeto. Vamos hacia un cambio de gnoseología. Crisis del realismo tradicional e imposición de una visualidad- virtual o ciber-ontología.

**Paralelo a este gusto frágil
construido con base en la
basuralización mediática, se
repliega una tendencia de
academizar el arte, restándole toda
fuerza de ruptura e innovación.**

Con estas desapariciones también desaparecerán nuestras antiguas formas de aceptar y conocer el Ser. ¿Debemos lamentarnos por estas “pérdidas gnoseológicas”? ¿Construiremos diques con una resistencia intransigente ante lo que ya es un hecho irreversible? La gran lección por ahora es saber cómo y cuáles son y serán los componentes esenciales de estas visiones virtuales que subvierten lo que conocemos por realidad. Resistencia no reaccionaria sino vigilante de los procesos. Posición crítica- reflexiva frente a lo que nos abandona o nos visita.

**Lo que está amenazado en lo
estético-poético**

Algo está cambiando. Nuestra “Filosofía Primera” se ha vuelto esencialmente

estética. Si para los antiguos el fundamento era el Ser, para la Edad Moderna la Conciencia, y para la Modernidad el Lenguaje, ahora nuestra filosofía primera es un paradigma estético. Ello indica una estetización a gran escala de la realidad, una “cultura estetizada” al decir de R. Rorty. Por lo tanto, la dispersión y la pluralidad han posibilitado el surgimiento de multiplicidades y diferencias, un calidoscopio vital no único, sino lleno de sentidos y lenguajes que construyen verdades desde la pulsión creadora artística.

Con la idea de agotamiento o crisis de todo fundamento y unidad, varias categorías estéticas se derrumban apoteósicamente al final del milenio. ¿Qué está amenazado de la estética moderna?. Si la amenaza, como hemos dicho, es nuestra condición, un proceso irreversible, de esta forma están amenazados los conceptos de juicio estético y de gusto en tanto que ha cambiado el artefacto artístico; las ideas de sublimidad, angustia, soledad, autenticidad también transforman su razón de ser. Fin del melodrama romántico. El concepto del “Yo creador individual” se ha ido relajando, como también la potencia mágica y el encantamiento del mundo debido a las hiperrealidades tecnológicas. Se desvanece toda preocupación por comprender los contenidos textuales. Fin de la era de la interpretación analítico-crítica, de la noción del arte como oficio o actividad específica ejercitada sólo por artistas y especialistas. (Del sujeto y

objeto estéticos modernos al sujeto y objeto estetizados posmodernos). Se están desvaneciendo las utopías de trascendencia humana por medio del sueño y el deseo, tantas veces proclamados por las Vanguardias; se amenaza al proyecto de monumentalidad sistemática en la obra de arte...

¿Qué se está imponiendo estéticamente por la amenaza? Una estetización global de lo banal amparada por un proceso de masificación del gusto y del juicio estéticos; la museografía en red de todas las producciones artísticas, lo cual despoja la capacidad de transformación que estas contienen, pues se les asume como sensibilidades muertas, almacenadas; el *Pastiche* estético como fórmula de reordenamiento y re-utilización de las producciones artísticas pasadas, pero relajando la fuerza del significado histórico hasta convertir las obras en adornos y ornamentos superficiales, averiados en su sentido; una desgravitación de la monumentalidad y de los géneros, edificando, para bien, el *bricolage*, la multiplicidad y la hibridación de los relatos. Junto a la unidimensionalidad de los discursos duros, se impulsa el compromiso con la multimedia estética que gana en sentidos por sus exploraciones diversas y plurales; la liberación de las tensiones de escuelas fundamentalistas, impulsándose el relax que facilita el espectáculo, el éxtasis y lo agradable; la crítica a lo dominante e inquisitorial de los estilos, pues ya no hay estilos únicos sino eclécticos, lo que deja al arte en un confortable estado de

levedad y libertad para aceptar cualquier acción en sus creaciones. Pero el relajamiento frente a las doctrinas establece también el relajamiento crítico. Irónica contradicción. La crítica toma matices de aplauso y aceptación ante cualquier obra, sea superficial o profunda. Por lo tanto, se impone la coexistencia pacífica de lo mediocre con lo altamente elaborado¹. Así la crítica resulta ser un oficio fácil, sin demasiado peligro; no requiere de un experto, sino de un conciliador. “Lo cierto es que los críticos ya no critican, excepto en el sentido de que, públicamente, hablan bien de cualquier cosa. La idea de publicar algo en contra inquieta a la mayoría”².

La estetización se está realizando en todas partes, desde lo altamente elaborado hasta la banalización del gusto y del juicio.

Por el proceso de globalización del consumo, el gusto se da como “elitismo de masas”, las cuales actualmente devoran mucho más información artística que hace veinte años. Esta elite de masas es estetizada para frecuentar, con un sentido casi religioso de espectáculo y moda, las producciones artísticas, sobre todo de audiovisuales. Prolifera una estética que reivindica el “mundo del arte”, es decir, “todo lo que

1 Fajardo Fajardo, Carlos. “*Arte de mediocre convivencia*”. En: *Magazín Dominical, El Espectador*, Santafé de Bogotá. (25, abr., 1999).

2 Gardner, James. *¿Cultura o Basura?*. Madrid: Acento Editorial, 1996, 63.

tiene que ver con el arte exceptuando el arte mismo” (Gardner, 24): la empresa cultural que gira en torno al artista, desde los críticos conciliadores, pasando por los compradores hasta los snobistas, la farándula y los auténticos intelectuales. Por lo pronto se amenazan también la calidad y la excelencia artísticas como algo que hay que desaprobado por ser paradigmas terminados, asumiéndose en su lugar las ideas de lo ágil, lo decorativo y lo ligero. Tal vez esta sea una gran ventaja frente a los totalitarismos excluyentes de una modernidad deslegitimadora de los discursos blandos, frágiles, imprecisos. Sin embargo, los resultados de esta fragmentación dejan por ahora mucho que desear en tanto calidad y trascendencia, porque, es posible, que esto ya no importe a los actuales artistas.

Paralelo a este gusto frágil, de fácil digestión, construido no con el esfuerzo intelectual de estudio, inteligencia y sensibilidad, sino con base en la basuralización mediática, se repliega una tendencia de academizar el arte, restándole toda fuerza de ruptura e innovación. La estetización académica se observa en el ofrecimiento que los establecimientos educativos hacen al público de cursos sobre, por ejemplo, la rebeldía y las formas de ser contestatarios. Las propuestas de las vanguardias ahora se les estudia como algo exótico, folclórico, reduciéndolas a simple “cultura general” lo que da prestigio y estatus intelectual y social. La rebeldía y la diferencia ya no dicen nada

a nadie. Son un curso más, un programa más en las universidades.

Las contradicciones como se observa son varias. Por una parte, alguna transformación ayuda a superar el anquilosamiento racional o irracional dogmático que el arte moderno impulsó como doctrina o escuela (v.g., algunas escuelas vanguardistas), pero por otra, se destila, gracias a este relajamiento, el paradigma de lo fácil, ligero, mediocre, donde la superficie se cambia por superficialidad, y la profundidad es más bien un vacío de propuestas renovadoras. Quizá lo que menos interesa a este arte sea la innovación. Más que cambio paradigmático y sustancial, pretende programarse, modificarse en sus estados finales, hacer una frívola multimedia. Algo se descentra, y esto como hemos visto, quizá tenga mayores o menores alcances. Sin melancolías, sin nostalgias, debemos saber que el descentrarse y provocar una ruptura con nuestras nociones respecto a las producciones estéticas y su calidad, hace parte del proceso de fractura óptico-epistemológica de Occidente.

Se hace necesario entonces estudiar las nuevas categorías que surgen de estas derivas con base en la pluralidad y a la fragmentación de lo real. Así nos parezcan obsesivamente banales, mediocres o terribles, estas categorías son producto precisamente de una racionalidad que se creyó omnipotente y ahora está en ruinas. Como hijos del desencanto, debemos estudiar muy bien la naturaleza de dicho desencanto y no darnos golpes de pecho por las pérdidas. ¿O es que acaso algo se pierde?. ¿O acaso

no se gana para la libertad estética la gracia de la despreocupación, de la espontaneidad, manifiestas en las producciones volátiles y nada monumentales de la actualidad? ¿Son causa de condena y culpabilidad las categorías surgidas de la pluralidad, lo heterogéneo, la dispersión, la fragmentación de los discursos sólidos?. No. Tan importantes como las categorías modernas y clásicas, las posmodernas requieren una hermenéutica de sus sentidos para abordarlas como provenientes del desvertebramiento sistémico totalitarista. Las nociones de *heterogeneidad, pluralidad, discontinuidad, simultaneidad, diferenciación, bricolage, inestabilidad, indecibilidad, lo aleatorio, paradójico, lo contingente y arbitrario* son categorías estéticas irreversibles³.

De igual manera, la estetización posmoderna de cualquier objeto cotidiano también posee ventajas y desventajas. Su proyecto está guiado hacia la masificación de las sensibilidades y de la obra de arte. Ciertamente que esta estetización contiene una decadencia de aura y una escasez de magia, ilusión y ensoñación por su afán decorativo efímero. El ornamento y su falsa catarsis estética transforman lo real en un objeto fetiche de valor de cambio más que de uso. Por lo mismo, la estetización se está realizando en todas

3 Cfr. Fajardo Fajardo, Carlos. *Estructuras, Figuras y Categorías en el arte de fin de siglo*. En *Espéculo* # 11. Revista de Estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid. http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/est_figu.html

partes, desde lo altamente elaborado hasta la banalización del gusto y del juicio. Toda la cultura está pasando de los *medios* al público como estética realizada, como fenómeno de moda y publicidad, constituyéndose en una de las utopías de la masificación. Sí. Ahora todo puede convertirse en obra de arte, *performances* en vitrinas y pantallas portátiles, hasta el uso del propio cuerpo, reciclado y con prótesis, como espacio para moldearse en artefacto artístico. *Ready made* vivientes, museificados como el *Portabotellas* de Duchamp. De allí una pequeña garantía de sueño: todos podemos ser creadores, aunque sólo sea una simulación democrática. Sueño nietzscheano recogido por Joseph Beuys y quizás por Warhol. Pero somos creadores por una estetización del mercado y el consumo. El público se vuelve artista en tanto sacraliza la mercancía, es decir, lleva su aura secular a pronunciar algo, a manifestar un deseo, un vacío, la magia de la ausencia. La mercancía se vuelve estética por su fuerza de ensoñación; de allí la globalización de su encantamiento. Estetizar el aura secular de la mercancía – propuesta Baudelaireana- constituye la mayor estetización de lo cotidiano. Vamos hacia un milenio que estetizará el *marketing* y lo tecno-cultural. Sin embargo, satanizar este proyecto es ignorar la lógica capitalista del arte actual. En torno o en el centro de la tercera revolución industrial microelectrónica, las cualidades del arte han adquirido unos matices distintos a los de la era maquina o *fordista* donde la concepción del trabajo, como

disciplina digna y única carta civilizatoria, imperaba. Tránsito de unas relaciones de producción laborales o de “dictadura del trabajo” a unas relaciones de producción del consumo o “dictadura del mercado”. Sin embargo, lo asegura Fernando Mires, “ el declive de ese tipo de trabajo no debe ser sólo vivido como tragedia sino como ‘oportunidad’, esto es como posibilidad para recuperar la libertad perdida frente a la imposición del maquinismo” (1996,28). El *Homo economicus*, tan apegado a la ética del sacrificio protestante, a la disciplina y “culto al trabajo”, ajeno al goce, a la alegría, al ocio en libertad, se ha ido diluyendo a medida que avanza la revolución microelectrónica⁴.

Igualmente, en la misma proporción, el concepto de trabajo artístico como algo sublime se agota. Frente a la ética del sacrificio estético aparece el relajamiento creativo. No interesa tanto el trabajo artístico como el consumo estetizado. Al artista posmoderno no lo trasciende el ideal de “gracia” que imponga en su trabajo disciplinado. No. Su “gracia” está en otra parte. Más ingrátido, volátil, libre de ataduras morales civilizatorias, el trabajo sobre y desde el arte deja de ser el único medio que le da prestigio y elevación ética. Fin de la idea del trabajo estético moderno. Ahora pide algo más. Su goce no está solamente en permanecer ante su obra horas enteras hasta desvanecerse como Van Gogh. El goce lo encuentra en la glorificación de su

⁴ Cfr. Mires, Fernando. La revolución que nadie soñó a la otra posmodernidad. Caracas: Ed. Nueva Sociedad, 1996.



artefacto artístico por el mercado. Lo subjetivo sublime se transforma así en ganancia comercial individualizada. Su tiempo creativo no se mide por la fuerza impuesta en la superación del miedo, el horror, los imposibles, la muerte, sino por su velocidad y capacidad consumidora. De aquí un presagio: al arte lo espera otra dimensión de lo sublime, otra idea de obtener placer en la pena o, tal vez, el ya no sufrir por no alcanzar los bastos límites de estos territorios agonizantes.

Si el romanticismo y las Vanguardias trataban de hacer visible lo invisible, presentar lo impresentable, debemos preguntarnos si la *estetización mediática* y la industria cultural hacen lo mismo. ¿No querrán más bien “desresponsabilizar a los artistas con respecto a la cuestión de lo impresentable?” (Lyotard, 1998, 131). Superada la angustia de la rebeldía metafísica, la Totalidad para el artista deja de ser una obsesión y un peligro. Ahora su vida demanda otros proyectos. El caso Rimbaud, el caso J.A. Silva, el caso Beethoven, el caso Hölderlin, el caso Rilke, el caso César Vallejo, el caso Francis Bacon... quedan museograficados en las nuevas sensibilidades, contagiados por una des-sublimación estética impuesta desde la industria cultural. “El mundo tecnocientífico posindustrial no tiene como principio general que haya que presentar algo que no es presentable y por lo tanto representarlo”. (Lyotard, 131).

Al no interesarse por presentar algo impresentable, el arte mediatizado actual

pierde su angustia, la pasión del melancólico y del sanguíneo kantiano, devotos del entusiasmo y del peligro, de lo visionario y lo “chiflado”, y aborda en cambio las corrientes mansas del flemático, “un espíritu, al decir de Kant, de pequeñeces (*esprit de bagatelles*), que muestra una manera de espíritu delicado, pero que tiende directamente a lo contrario de lo sublime. Tiene gusto por algo que sea muy *artificial* y dificultoso, como versos que se pueden leer hacia delante y hacia atrás, acertijos, relojes en sortijas, cadenas de pulgas, etc., y de cuanto está *ordenado* de modo trabajoso, aunque sea inútil, por ejemplo, los libros que están colocados con fina elegancia en largas estanterías y un cabeza vacía que los contempla y disfruta de ellos... (59).

Los próximos artistas y poetas captarán una telépolis transnacional y su percepción se transmutará en red, construyendo el sueño metafísico de estar en todas partes y en ninguna.

La crítica de Kant es fuerte y, aunque algo injusta frente a lo que después se denominará arte y gusto *kitsch*, muestra el estado que va dejando la estetización a la cultura, esa des-sublimación o despojo de ilusión en el arte más reciente.

De modo que toda pulsión estética ha ido pasando del culto al trabajo como virtud al culto del consumo como goce. Por lo mismo, el autocontrol, el autodominio, la autoconciencia y autoorganización generados por la interiorización

reguladora moral del trabajo moderno, actualmente van siendo superados - *mutados* - por las nociones de lo disperso, la libre determinación, la noción del caos personal, la multiplicidad no unitaria ni centralizadora. La “Buena Vida” conseguida en la modernidad a través del trabajo disciplinado, de vigilancia y castigo, se adquiere ahora por medio de la “desfachatez” y despreocupación ante el proceso civilizatorio del régimen laboral. Se trabaja sí, pero sin la concepción de trascendencia por el sacrificio. Ya no nos ganamos la inmortalidad ni el cielo laborando más allá de nuestras propias capacidades. La mística del trabajo se trasmuta por la mística del consumidor como un nuevo control social que interioriza al Centro Comercial y no la fábrica. De Gregorio Samsa, metamorfoseado por la alienación del trabajo, a Homero Simpson, idiotizado por los productos del mismo.

La des-sublimación del arte se manifiesta igualmente en la cotidianidad masiva y no sólo en el artista. Las masas proceden casi con la misma despreocupación y desfachatez ante los productos artísticos; su capacidad de transitar hacia el otro lado del espejo y ver el revés de lo real, se limita por la inmanencia de una desencantada fenomenología de lo inmediato. También aquí se des-responsabiliza al público de su necesidad de exploración, aventura, asombro ante lo inexpresable, lo innombrable, frente a la magia de un aterrador espacio-tiempo inalcanzables

pero posibles de tocarlos y dominarlos gracias a la imaginación poética.

O quizá dicha ilusión ensoñada ahora la encuentre el público en su más vívida inmediatez, lo que quiere decir en la escenograficación de sus *happening* cotidianos, en la moda, el cuerpo, la música, el baile, la publicidad, la pantallización mediática. De ser así, se habrá logrado que la pulsión del arte, ofrecida sólo a unos cuantos “elegidos”, salga a flote y se construya como posibilidad para “todos”. Sin embargo, y he aquí la diferencia, se democratiza no tanto lo intenso subversivo como sí el espectáculo; se estetiza la catarsis, el éxtasis y la rebeldía controlada (vg. los conciertos de Rock y Rap programados y organizados por la oficialidad en los parques de las ciudades) más no la fundación explosiva de presencias poéticas. Al no fomentar la necesidad de impulsar la vida hacia otras esferas, la capacidad sensible del público se reduce también, como en los “críticos”, a ser *conciliadora* y *colaboracionista* con lo establecido, limitando su capacidad de pedir ese “algo más” que exigen los desesperados/desperanzados ⁵.

Arte y estetización efímera sin las preocupaciones metafísicas por su permanencia. “objetos puramente decorativos de uso temporal” los llama Baudrillard (1997,27). Globalización de

una estrategia del *marketing*: “todos los estilos pueden volverse, de un solo golpe, efectos especiales y valer en el mercado del arte, figurar en el *bit parade* del arte... El arte no es ya el lugar del intercambio simbólico. Hay comunicación pero no intercambio”. (Baudrillard,54).

Bien vale pensar esta paradoja actual. Por una parte la des-sublimación y desentronización de los procesos artístico-poéticos de elite; por otra, la sacralización y el encantamiento de la cultura masificada por el mercado. Y esto último se da quizá porque en medio de la mediatización masiva algo queda de asombro, de insólito, de no presentado. De allí la proliferación del *pastiche* o búsqueda nostálgica de lo perdido: deseo por encontrar ese “otro lado” sumergido en el tiempo, pues vivir sólo en éste es insufrible. También en las propagandas y en la vida diaria, el público – que ya es todo el mundo – sublima un deseo, es decir un vacío. Es el vacío del espíritu que ha sido enseñado a desear mal, a querer mal, pero a desear al fin y al cabo. Y esta percepción es la que se estetiza hasta llegar a filtrar su fuerza erótica-sensible en todo el laberinto social. Si es así, tendremos lo sublime dentro de la lógica del capitalismo, tejiendo una red de imposibles-posibles que van administrando y alimentando un campo deseante ideológico cimentado en las nociones de riqueza, felicidad y éxito. En otras palabras, la lógica capitalista del mercado también siente en el fondo el “placer de un pesar” por no poder, con toda la racionalidad instrumental, vencer

en su totalidad a la muerte. Este displacer, que no se logra entender pero sí expresar, es el que le da a la cultura capitalista un aspecto sublime, manifiesto en la pulsión metafísica publicitaria, con su frustrada adquisición de poder absoluto. Ante tal fracaso del deseo, queda inventar el *alivio*, y es éste el que le llega a la gran masa, apaciguando la desdicha que produce el no alcanzar sus grandes imaginarios. En esa transmutación de pena a placer, se encuentra el *deleite*, producido por los medios, como facultad que hace superar la sensación de pequeñez humana, disparándonos a ensoñar la grandeza de nuestro destino.

La cotidianidad está siendo colonizada por una postindustrialización en red.

Esta lógica que sublima el mercado es la que ha construido una cultura estetizada. La estetización está en todas partes, socializando la simulación de una catarsis⁶. Sin embargo, como hemos anunciado atrás, la estetización de lo público no fomenta una riqueza de sensibilidad subversiva ni la necesidad de generar rupturas paradigmáticas. Lo que hace más bien es fortalecer el régimen

⁶ La estetización, como lo formula Gilles Lipovetsky, es en síntesis el “fin del divorcio entre los valores de la esfera artística y los de lo cotidiano”. (1998,105). En esta categoría caen todos los imaginarios construidos por la moda, desde las pasarelas, pasando por la glorificación del cuerpo, los accesorios, adornos, peinados, gimnasios, etc. , hasta la multiplicidad de diseños decorativos del hogar, representados en los proyectos publicitarios y propagandísticos globales.

⁵ “En estas circunstancias, escribe James Gardner, el artista batallador, que trata de distinguirse de la burguesía que le mantiene, recuerda a uno de aquellos japoneses que todavía no aceptan que la segunda guerra mundial terminó hace medio siglo”. (1996, 44).



Guitarra, cráneo y periódico

del establecimiento, disparar la sensibilidad a la indiferencia crítica, idealizando el arte del confort y el decorado. Estetización sin resistencia, puesto que deviene de un proceso de estandarización del gusto, a pesar de la falsa democracia de los deseos.

De manera que sería un error analítico el decir que en la estetización posindustrial o del “modo de producción microelectrónico” (Fernando Mires, 1996) se finaliza el sentimiento de lo sublime. Para nosotros más bien éste ha cambiado, se ha mutado. Visto desde la perspectiva kantiana y la de Burke, es decir, transitando por románticos y vanguardistas, la estetización es un fracaso del “espíritu del arte” y una herida a las grandes aventuras estéticas del siglo XX. Pero asumida como la formación de un nuevo *sensorium* –

gestado en el siglo XX y muy probablemente por desarrollar en el siglo XXI – la estetización también posee un aura, no obstante la homogenización de sus propuestas y la pérdida de encantamiento que se negocia por banalidad, trivialidad y cursilería. Un *aura secular* de lo secular, del desencanto de lo desencantado o era posmoderna. Secularización de lo ya secularizado por la modernidad. ¿Qué nos queda después de eso? La realidad total, el sin misterio, lo visible-visible, lo presente-presente, la no ensoñación, la presentación presentable, un deseo sin deseante. Es esta la estetización que impulsa el capitalismo: una sublimidad que invita al consumo, uso y desecho; un *ready made* industrial; un aura de lo efímero de cuya permanencia temporal se sospecha.

En estos cambios de paradigmas estético-poéticos, las tecno-virtualidades de las redes comunicacionales y microelectrónicas también tienen mucho de protagonismo. Desde hace algunos años se trabaja sobre los impactos que causarán sus presencias en las próximas creaciones. Las categorías de tiempo y espacio, de geografía y ciudad, de pertenencia y participación sobre un territorio, de frontera, de distancia y velocidad ¿cambiarán para los poetas del futuro?. Sí. Ellos trabajarán con nuevos estadios del pensamiento y de la sensibilidad. Los próximos artistas y poetas captarán una telépolis transnacional y su percepción se transmutará en red, construyendo el sueño metafísico de estar en todas partes y en ninguna. Otros mundos telemáticos y cinéticos les esperan a los poetas en el extenso recorrido al porvenir. Podemos

sólo imaginar los resultados de las obras poéticas llenas de palabras e imágenes de un mundo desgravitado y telepresencial. De esta forma, muchas de las utopías que la poesía ha deseado alcanzar, serán realizadas por las redes de energía en información y velocidad: el instante eterno, el eterno presente, la hiperconcentración del tiempo, la ubicuidad, la inmediatez, lo instantáneo. Entonces, habrá que horadar en otros terrenos, crear otros sueños que faciliten el afianzar la existencia, dar origen a una nueva maravilla. Nuestro poeta futuro, quizá teleglobalizado, tecno-imaginativo, tecno-virtual, mantendrá lo que los poetas de otros tiempos han procurado construir: la creación y la presencia de un milagro en medio de lo cotidiano; la instauración de un Ser a través de la palabra; el asombro como potencialidad reflexiva y exploradora de

lo desconocido; la fructífera idea de cambiar no tanto al mundo sino la vida; el riesgo, la aventura, la imaginación poética, la fuerza crítica como actitudes permanentes; el rescate del símbolo, del sentido y su capacidad de alucinación y magia; la pasión develadora, misteriosa, profética y espiritual; el inventar el deseo como forma de imponer la voz de la vida para suspender por un momento la muerte a través de la memoria, el amor, la palabra.

Nuevos escenarios esperan a los poetas. Escenarios de flujos y redes en las telépolis desterritorializadas, descentradas e híbridas. Sus metáforas, los códigos de habla urbana se proveerán de las virtualidades de la realidad. Quizá crearán imágenes blandas, volátiles, veloces. La poesía del futuro es posible que genere un gusto por lo ingrátido

contra lo monumental estético. Cambio de gnoseología y de ontología poética. Las sensibilidades plurales, sin fronteras, llevarán al símbolo a su estallido total: multimedia de sentidos, poesía en multimedia. Poetas de una ciudad informatizada donde se deambulará tratando de desconectarse de la superficial comunicación para lograr fundarse en el otro. Habitarán los “no lugares”, esos espacios impersonales, sin identidad para los moradores anónimos urbanos. Allí también en las redes tecno-culturales el poeta del futuro hallará la presencia de un milagro que fluirá en la fragmentación de una realidad tan distinta a la que hasta ahora hemos experimentado.

Flujo, aceleración, velocidad, globalización, posibilitan en este final de milenio, y probablemente en el próximo,

La cómoda



una poética que no habíamos ni siquiera sospechado. Hablar desde el sentir y la percepción del objeto real —que tanto nos dijeron los antiguos y modernos- se oirá como algo extraño, inservible. ¿No se construirá una poética con sensación virtual y percepción telemática en red?. Ello, creemos formará parte de la normal aceptación colectiva, como lo fue en su tiempo el teléfono, la luz eléctrica, el automóvil y la televisión. Poetas cibernautas en línea directa construyendo metáforas sobre el ciberespacio y los ordenadores. Algunos síntomas ya hacen parte hoy de estas aventuras: hipertexto, revistas electrónicas, ediciones digitales, páginas web... Otra aura más secular, o mejor, la secularización de la secularidad moderna ¿y por ello habrán de ser menos artistas y poetas?. Si juzgamos con los paradigmas de la modernidad estética ello es posible; pero nuestra travesía consiste en observar cómo las sensibilidades se fragmentan, edificando de diversas formas la obra de arte; de allí la atenta mirada que debemos poseer hacia estas transformaciones.

Ante la ciudad global, el poeta del futuro será ciudadano virtual. Por la velocidad ¿perderá la capacidad de pertenencia y participación a un territorio y de distancia?. Junto a esto, los conceptos de realidad, grandiosidad de la naturaleza se disuelven fácilmente por las tecnologías electromagnéticas. El anonimato y la soledad del poeta futuro estarán dados por la sensación de encarcelamiento en un mundo reducido y casi liquidado en su extensión planetaria por las redes. Si el sentido

actual de anonimato es el confinamiento en medio de la expansión activa de las ciudades, al poeta futuro se le abrirá la posibilidad de dominar en el “ahora” las distancias y, por lo tanto, de disolver la idea de espacio extensivo. De allí el cambio de concepto de anonimato: un poeta anónimo virtual en la megápolis global intensiva. Poetas de la velocidad que nos hablarán y se horrorizarán quizá de las guerras electrónicas, de las democracias virtuales, de bombas informáticas, de las clonaciones y de la difícil tarea de distinguir entre humanos y replicantes por los avances de la biotecnología.

Flujo, aceleración, velocidad, globalización, posibilitan en este final de milenio, y probablemente en el próximo, una poética que no habíamos ni siquiera sospechado.

A pesar de los pesares, los nuevos poetas virtualizados o tecno-imaginativos - sedados o no frente al paradigma de un *ethos* contestatario, transformativo- modificarán el lenguaje, transmitirán a través de nuevos códigos la misteriosa y aterradora sensación de estar vivos, la contingencia del existir, de habitar con el otro- así sea en red- y la aventura de pertenecer a una especie tan cruel y apasionada por desintegrarse y construirse.

¿Qué está amenazado de la cotidianidad?

Los sentidos de una cotidianidad hasta ahora tangible, promocionada,

legitimada y alfabetizada mediáticamente, también se transforman por la amenaza. Lo vivido en la *diaridad* constituye tal vez nuestro escenario más próximo y real, nuestra mayor certeza de que existimos. Sabemos que en estos tiempos transnacionales se tiende a reducir al hombre a simple órgano de consumo, uso y desecho. El concepto de vida diaria —sufrida o gozada- se enmarca en los parámetros de los intercambios y usos de objetos seductores y lumínicos. Nuestros imaginarios cruzan por territorios plurales y masivos. Una cultura visual y visualizada potencia la individualización acrítica, narcisista, hedonista y de relajación sintética posmoderna. No cabe duda: la cotidianidad está siendo colonizada por una postindustrialización en red. Desterritorializada, desmaterializada, descentrada en sus identidades populares, se le impone la desarticulación de lo unívoco a través de una cultura gramatizada en gran parte por los audiovisuales y la publicidad artificial iconográfica. Mientras tanto, la comunicación oral y la capacidad de interrelación grupal y personal, se reducen a la circulación y aceleración de saberes más que al encuentro real, al parloteo y a la charla interpersonal. Crisis de comunicación. Esta es la cotidianidad que enfrentamos: reclusión, miedo, expulsión de la calle y de los espacios para el diálogo. Extrañamiento y anonimato.

Inmersa en una “economía de la información” al decir de Daniel Bell, la cual transforma los paradigmas

modernos del trabajo y el ahorro en un proceso consumista, trasladándonos de la fábrica a la tienda⁷ como un nuevo mecanismo de control y vigilancia existencial, nuestra cotidianidad se integra y legitima a través del mercado. Ciudadanos y consumidores nos llama García Canclini. Contradicción entre el Sujeto autónomo y Soberano – mito de la Ilustración- en Sujeto relajado, descentrado, hedónico, consumista – mito posmoderno-. De esta forma, la cotidianidad, tal como la soñó una modernidad crítica y de aventura, ha caído en desuso. Se reduce a una modernización transnacional del *marketing* tecno-científico y cultural masivo.

En estas *ciudades –vitrinas* nos toca y tocará vivir los próximos años. Se transformarán cada vez más las nociones del espacio cotidiano: casa, familia, amor, amistad, cuerpo, tradición, deseo, localidad, territorialidad y pertenencia, muy a pesar de las resistencias que algunas capas de la población impongan a estas modificaciones. La ciudad – y no tanto el campo- es y será el escenario de estas batallas.

¿Qué nuevos imaginarios y simbólicas podrán unirnos en el próximo milenio?. ¿Cómo no sólo conectarnos sino comunicarnos en un acercamiento más integral que utensiliar?. He aquí nuestras preocupaciones.

Respecto a los imaginarios de la cultura popular cotidiana, estos serán cada vez más manipulados por los medios y

museograficada su fuerza poético-simbólica, reduciéndolos a simple espectáculo exótico, folclórico. Por su naturaleza multicultural y de entrecruzamiento, se conducirán hacia una posible multimedia donde existirá – más que ahora- una gran reconversión y mezcla de lenguajes cultos y populares; intersecciones, cruces de lo mediático con las mediaciones (medios y receptores) hasta lograr una lenta desaparición de las simbólicas primigenias (mitos, creencias, carnavales, ceremonias, tradiciones orales, narrativas, artes manuales...) debido a la quiebra de fronteras y al cambio en el concepto de grandiosidad de territorio tanto físico como cultural por parte de las redes.

Confinamiento y pérdida de imaginarios legitimadores de una cultura.

Glocalización, tal es el término que utilizan Virilio y García Canclini. Locales y globales. Pero, como lo asegura Julio César Goyes Narvaéz, es posible que los imaginarios populares se mantengan en una “constante resistencia frente a la cultura de clase dominante o ‘nacional’ produciendo violentos procesos de acomodación e imposición...”⁸, lo que llevaría a una reinversión y retroalimentación constante de los mismos, especie de “autopoesis” (Goyes, Julio César, 98) muy unida a las resistencias crítico- creativas de la imaginación poética. Sin embargo, esta retroalimentación estará dada por un intercambio cultural, a veces yuxtapuesto, a veces asimilado, que construye un imaginario cotidiano y

popular heterodoxo, el cual atraviesa el simbolismo mítico, sagrado y religioso, pasa por las creaciones artísticas populares y llega a los escenarios masivos y de trivialización mediática. Así, folclore, mito, danzas, carnavales, tradiciones orales, exotismo, espectáculo, turismo, economía de mercado, transnacionalización, uso, consumo y desecho de tecno-virtualidades, tele- imágenes y productos masificados *kitsch* y *light*, todos se funden por el tejido en una gran colcha de retazos. “Cultura costura” la llaman algunos estudiosos; “cultura de fronteras” otros; aquí le llamaremos *Cotidianidad Multimediática*.

Respecto a los imaginarios de la cultura popular cotidiana, estos serán cada vez más manipulados por los medios y museograficada su fuerza poético-simbólica, reduciéndolos a simple espectáculo exótico, folclórico.

La cotidianidad que está amenazada por el próximo milenio, o en proceso, es aquella que se opone a estas intextualidades. Ante la banal imagen de lo efímero; frente a lo inmediato trivial, nos quedará, para no perecer en los remolinos seductores de lo mediocre, reconfigurar, retextualizar, resemantizar, las prácticas de lo cotidiano a través de una imaginación crítico-poética activa, donde se le devuelva a la imaginación «la dignidad gnoseológica y ontológica de la que fue privada por la doctrina clásica occidental” y se intente “una visión crítica-creativa que acceda a la totalidad del fenómeno poético y su dialogismo con lo popular, observando qué y cómo los afectos-efectos

⁷ Lyon, Daniel. Postmodernidad. Madrid: alianza editorial, 1997, 119.

⁸ Goyes Narvaéz, Julio César. *Los imaginarios poéticos*. En: Universitas Humanística. Pontificia Universidad Javeriana. # 48 (jul-dic. 1999, 95)



imaginarios están representados total o parcialmente en algunas poéticas contemporáneas” (Goyes N, Julio César, 102 –104). Así, lo cotidiano se protegerá del vacío seductor por medio de una gran valoración de las creaciones poéticas manifiestas en sus imaginarios.

Digno será reconocerle a este proyecto reconstructor, un afán de pararse en la resistencia crítica como método para no sufrir de total abismo e indiferencia. Lo mismo habrá de poner en práctica al pensar sobre las próximas transformaciones del cuerpo. Su relación con los *medios* que lo moldean y lo ponen a desfilarse en pasarelas virtuales; la construcción de un deseo corporal con base en cirugías, prótesis, silicona y aeróbicos; la cada vez más deshumanizada falta de *salud corporal* a cambio de *forma corporal*, todo esto se reduce a una tendencia de desgravitación de los deseos, al menos como son conocidos hoy en día, lo que impulsará una levitación sexual y una des-realización de la carne por parte de las tele-presencias erótico-comunicacionales. Cuerpos *bricolages* intertextuales, indiferentes, relajados, perfectos. “¿ perfectos para qué? ¿ Para vivir un drama fascista *light* como magnate corporativo? ¿O como monitor de aeróbic en tanga? ¿O como asesino múltiple?⁹.

Las ideologías se encarnan y se encarnarán más en los cuerpos del próximo milenio. Quizá llegaremos a poseer cuerpos que sean manifestaciones de “tecnologías morales burguesas”

Madre e hijo. Detalle

⁹ McLaren, Peter. Pedagogía crítica y cultura depredadora. Políticas de oposición en la era posmoderna. Barcelona: Paidós, 1997,108.

(Terry Eagleton) los cuales impulsarán valores tales como el ensimismamiento, lo incivil, la interioridad acrítica, el decorado, la creatividad flemática sin tensiones, valorando una subjetividad que *piensa en sí misma y no por sí misma*. Encarnamiento desde luego psicologizante. Son visibles, entonces, las contradicciones posmodernas: del cuerpo de un Sujeto Autónomo (sueño moderno) al cuerpo individualizado multimediático¹⁰.

En esta “soberanía del consumidor” (McLaren, Peter, 113), frase cínica de los llamados “nuevos tiempos”, lo *light* impone también la coexistencia pacífica y la reconciliación de los adversarios. Así, el cinismo es la muestra más patética de una cotidianidad relajada. Todo se acepta aquí, todo vale. Lo fugaz y lo liviano; lo efímero y lo superficial; el analfabetismo cultural y la mediocridad de lo ridículo; la idiotez de un ademán y su espectáculo. Cinismo doble, pues exhibe como alta cultura la basura que estas sensibilidades producen junto a la pobreza de imaginación crítico-creativa. ¿Cultura o basura? Se pregunta James Gardner. En música, ritmos, gustos estéticos, tonalidades, sensaciones olfativas, olorosas, táctiles, etc., se nos vende demasiado desecho —y se nos venderá más— empobreciendo las capacidades de aprehensión, asombro, contemplación, imaginación, sensibilidad, reflexión, captación de la diferencia.

Gramatizados y alfabetizados por una cultura que hace culto al espectáculo de la muerte —y más aún al cadáver como

exhibición— la cotidianidad, al menos en países tercermundistas como Colombia, está produciendo una ética del antivallor y una moral negativa. Violencia, corrupción, intolerancia, injusticia, *necrofilismo* ciudadano, virulencia participativa, antidemocracia, deslealtad, insinceridad, burocracia...son apenas algunas de las lógicas de convivencia negativa. En vez de la Razón solidaria impulsamos una pasión esquizoide por el espectáculo de la muerte; en el lugar de la emoción fraternal levantamos una fría irracionalidad ante nuestro semejante. La muerte y la violencia se han cotidianizado tanto que su naturaleza de desgarramiento es ya “natural”, y su puesta en línea y en vitrina teleglobal nos hace falta para arrullar las noches en casa. El llanto del pariente del secuestrado, la sensación de inutilidad de la violada, el miedo del desplazado, la mancha de sangre, el rostro de absurdidad del muerto, se van imponiendo como “ensoñaciones” en nuestros imaginarios, a tal punto que llegamos a sufrir por su ausencia.

Espectáculo y trivialidad de la muerte. Sida, cáncer, terremotos, ciclones, violencia callejera, violencia política, drama cotidiano, *reality shows*, eutanasia, enfermedades terminales...todo está aquí para ser observado, pantallizado. De allí un dato: escenograficamos la muerte relajando su trascendencia a lo banal; ridiculizamos incluso al asesinato político; desvirtuamos el cadáver del hombre artista; farandularizamos, cínicamente, la muerte del comprometido social, pero lloramos a lágrima viva la muerte del rico y famoso, trivial, mediocre, es decir, de aquel que se nos ha impuesto por el

mercado como un sueño a lograr. (v.g., Princesa Diana, John John Kennedy...).

Colombia ha explotado y sufrido al máximo esta espectacularidad del muerto. Congruencia entre el dolor y el carnaval, lo lúdico y lo vidente. Cada muerte violenta de un hombre público no sólo genera una respuesta convulsiva y rabiosa contra la lógica *necrofílica*, sino un sensacionalismo que juega al *show* escenográfico. Puesto en las tablas, al muerto se le asume y vela como un actor protagonista del drama cotidiano, de tal forma que la tendencia es relajarse ante el conflicto político-social que ha producido dicho fallecimiento, y tensionarse ante el simulacro del espectáculo masivo y mediático que lo registra. ¿A quién o a quiénes beneficia este relax teatral de la muerte? ¿En nombre de quién o quienes se masifica el dolor, restándole todo posible impacto contestatario de conciencia política? Ya lo sabemos. El espectáculo de la *lúdica/lágrima* debilita la sensibilidad, la exagera, quitándole intensidad crítica.

Contamos entonces con una cotidianidad amenazada, no sólo por lo que viene sino desde ahora. Los proyectos de una *diaridad* confortable, con calidad de vida se vuelven sueños esotéricos que generan una mueca de humor negro y pesimismo entre los que tienen y manejan más datos. En estas ironías por ahora vivimos. ¿Qué otras nos esperan?

10 Cfr. Fajardo Fajardo, Carlos. Maquillajes y Pasarelas. En *Magazín Dominical*, El Espectador, Santafé de Bogotá (9, marz., 1999).

